

cuadrada y cerrada por el Ayuntamiento, con sus dos boquetes, el del Norte y el del Poniente, el de Leña y el del Catre y ennoblecida la carretera por el arco, sería maravilloso y resaltaría mucho más la concurrencia desbordada por todas las bocacalles como ha pasado siempre que los que no tenían cabida en la plaza se salían por los alrededores y hasta Santa Quiteria y la Cárcel.

Las calles vivas, concurridas y entrañables de las grandes ciudades, lo son las juderías y sus similares, estrechas e irregulares, pero como hormigueros. Las calles nuevas, inabordables, solitarias y tenebrosas, sin nadie en las tiendas, dan miedo y no se comprende qué clase de vida pueden albergar, pero desde luego poco útil y nada cordial.

Si por haber aglomeración habitual se llevan su comercio a un descampado puede observarse qué es lo que queda de aquella vitalidad.

Nuestra plaza tuvo un tiempo de quedarse muy solitaria, por la competencia que le hizo, no el Altozano, pues hasta el Cartucho se salió de él, sino el Cristo y el Paseo, mucho más estrechos. Al perder la Estación vitalidad se ha producido otra corriente de reflujo que parece más segura por ir la estación a menos. Siempre es instructivo observar los oleajes de la vida y pensar en sus razones. Cuando se junta tanta gente que no se puede andar, la multitud va más a gusto y tranquila y se abre paso sin extorsiones, como las ovejas apiñadas que no se apartan a mordisquear.

BIENES RAICES

Así llamaba cierto señor a los pelos que les salían a sus hijas por todas partes, heredados de él que parecía un oso.

Pues bien, yo comprendo las dudas que pueden plantearse al enjuiciar todo el barrio de la estación por lo difícil que es imaginárselo cuando el pueblo se acababa en la esquina de Eulalio Carrascosa, donde está La Tercena, aunque todo se encuentra descrito en los libros de Alcázar y espero poderle brindar pronto al vecindario una imagen del Cristo cuando estaba en el campo (1), que no hace tanto tiempo, pues todo ello está motivado por la estación que es de antes de ayer y la misma estructura de la calle del Cristo lo dice claramente, ya que entre la Ciriaca, la Dositea y Juan Marica se repartieron casi toda la calle, lo cual significa la facilidad que había para escoger, lo mismo que cuando Cepillo iba a cortarle pantalones a Pedro Advíncula, que se llevaba la pieza de la pana, la extendía en el suelo, lo echaba encima e iba cortando con holgura a gusto de la Sebastiana que era celosa y no le agradaba que se le conocieran las formas al hombre por si a las del café de la Paja, que estaban enfrente, les daba envidia y al pobre Pedro le bailaban los cañones del pantalón como a los que tienen patas de palo. Y todavía refunfuñaba ella cuando se asomaba a la puerta y no le quitaba la vista.